

CAPÍTULO XXIV

En los comienzos de las actividades alquímicas, tanto en la instalación del gabinete como en su limpieza, Ana intervino ayudando con diligencia a João, él por su parte confiaba en ella porque era sumamente cuidadosa con los objetos y materiales, además de una incuperable pulcritud meticulosa. João comprendió desde el principio que esta manera de actuar tan irreprochablemente perfecta albergaba alguna causa oculta, y esta causa no era otra que la inseguridad que interiormente tenía la muchacha. En su mente, sin ella misma saberlo, se decía, si hago todo perfecto nada podrá reprochárseme, desde niña su mente se cuadriculó y todo funcionaba a la perfección, ese miedo interno era así superado o más bien ocultado.

João tan pronto se hizo cargo de la casa, se dirigió a Ana que se encontraba destinada en la cocina con los preparativos para hacer de comer, carne, verduras y zanahorias sobre una mesa central con una gruesa losa de mármol blanco. Desde hoy eres la encargada de la casa, le dijo, todo lo que hagas bien hecho estará, porque todo lo que haces lo haces bien.

Ni poseyendo el poder regidor de la casa varió su metódico proceder, a veces João llegó a creer que incluso se le había acentuado en lugar de relajarlo. Al verlo encerrado en su gabinete hasta altas horas de la noche, con frecuencia noches enteras y acudir a la fundición sin dormir, Ana albergó la sospecha que estuviese haciendo brujerías y que él mismo era un brujo poderoso, no únicamente por su dinero, sino también por su brujería. Todos aquellos aparatos, el olor acre que tenía la estancia, rescoldos encendidos en la chimenea, aunque fuese verano, todo aquello no le parecía normal. Aún vivían los padres de João, ella era jovencita y supersticiosa, no obstante, se armó de valor y un día le preguntó abiertamente. Son brujerías buenas o malas las que hace cuando se encierra en el gabinete.

Reprimió la risa a duras penas, pero la jovencita tenía todo el derecho a saberlo, vivir con esa duda resultaría un martirio.

– Si muevo este interruptor y se enciende la luz, piensas que es brujería. Le preguntó encendiendo la luz.

– Por Dios ¿Cómo va ser brujería encender una bombilla? Respondió ella.

– Si me vieses hacerlo gentes de tu aldea hace cien años, pensarían que era normal o creerían que era brujería. Volvió a preguntarle.

Dudó unos instantes en darle respuesta,

– Brujería, creerían que era brujería.

– No pensarían lo mismo si vieran hacer la comida sin llama como sucede con las cocinas eléctricas, o si vieses un automóvil hace doscientos años, no pensarían que era brujería igualmente y si nos trasladamos muchos más años atrás no pensarían que la fundición era una gran fábrica de brujos y tú una de ellas, aunque fueses jovencita y guapa, pero te tacharían de bruja igualmente. Sigues pensando que mis investigaciones y mis experimentos son brujería, le preguntó serio, o lo piensas porque desconoces lo que hago, como las personas de tu aldea pensaban que la electricidad eran casos de brujería porque la desconocían.

Ana reconocía que tenía razón sobrada, João hablaba tan bien y era tan bueno con ella que era imposible que hiciese brujería, además tenía toda la razón, él sabía mucho y ella

era una ignorante. Esto último fue lo que le expresó, pidiéndole disculpas por atreverse a preguntarle.

João había conocido a su amigo en una de sus estancias en Francia, al año siguiente se encontraron por azar en Irak al suroeste del río Tigris en una pequeña población con restos arqueológicos caldeos, los dos eran alquimistas pero el otro era enigmáticamente muy respetado. Cuando otros colegas hablaban le dirigían la mirada pidiendo su aprobación, si expresaban una idea aventurada buscaban la aprobación de lo expresado. Rara vez hablaba y cuando lo hacía era escueto y parco. Visitaron como turistas el lugar, al día siguiente, su amigo contrató a un obrero que con pico y palo los acompañó a otro lugar donde no había resto arqueológico alguno, ascendieron una pequeña loma, primero entornó sus ojos y así estuvo largo rato, después extendió su brazo derecho con la palma de la mano hacia la tierra y moviéndose por la superficie del lugar en esa postura estuvo otro buen tiempo, se paró de repente hizo una marca en el suelo e indicó al obrero que cavase con cuidado y despacio. A un metro de profundidad la pala se encontró con algo duro, al empleo del pico, este rebotó. Le indicó que agrandase el hueco excavado hasta encontrar los bordes de la losa, pues es una losa de piedra y no una roca como el obrero creía. Hacía calor, el obrero sudaba con el esfuerzo y bajo el sol, le prometió una buena recompensa por lo que hacía, estimulado por el ofrecimiento el obrero trabajó con ganas hasta que la losa de piedra de forma rectangular quedó al descubierto, su tamaño no era muy grande, sobre cincuenta centímetros de ancho por un metro de largo. Entre los tres consiguieron levantarla y dejarla apoyada sobre uno de sus cantos contra el muro de tierra que había sido excavado. Unos peldaños de piedra formaban una escalera que se adentraba hacia algo oscuro que debido a que la luz del sol incidía sobre sus ojos se les presentaba más oscuro aún. Sacó una linterna de bolsillo y se adentró por el estrecho orificio, João y el obrero lo siguieron. Un esqueleto se encontraba puesto en tierra con ropajes bordados en oro y plata, bien puestos sobre otra pequeña losa de piedra se encontraban varias tablillas de arcilla cocida con signatura caldea, un trozo de plomo y a su lado un trozo de iguales proporciones de oro, había también un pequeño frasco de vidrio con mercurio y a su lado un pequeño lingote de plata. Por último, un pequeño puñal enfundado en una bonita y repujada vaina completaban el austero ajuar de alguien que en su tiempo debió de tener rango y poder.

Guardó los objetos en los bolsillos, las tablillas de barro cocido escritas, las tomó en las manos. Le dijo al obrero, como ves aquí no hay nada que tenga o pueda tener valor monetario alguno, te recompensaré generosamente como te he prometido, si a tu vez prometes y juras ante los huesos aquí presentes del espíritu que en otro tiempo los habitó y que hemos venido a molestar, de no mencionar nada a nadie de la existencia de esta tumba. Si no cumples lo que aquí jures, la maldición que lanzaré a los vientos te perseguirá de tal manera, que espíritus que tu mente no lograría jamás imaginar, darán cuenta de ti y de toda tu familia.

Juró repetidas veces el asustado obrero, aterrorizado ante lo amenazante de las palabras escuchadas, negándose a percibir salario alguno por su trabajo. Le dio una generosa cantidad de dinero, tranquilizándolo además con una antigua bendición que el obrero recibió con igual o mayor satisfacción que el fajo de billetes que le entregó.

Las tablillas estaban escritas con signatura cuneiforme, pero además con signos especiales que no correspondían a ninguna escritura conocida. Las tablillas en sí mismas tienen el valor de una fortuna, pero lo que nos interesa es el contenido de su escritura, le dijo a João. Esta era la tumba de un gran mago, el más grande de su época, murió porque quiso, no había vencido a la muerte, a esta no puede vencerse, pero la muerte respetaba

su vida en la tierra, es una condescendencia que la muerte tiene a veces con algunos hombres. Una vez que descifremos el contenido volveremos a dejarlo todo en su lugar, únicamente me quedará con el pequeño puñal.

– ¿Significa el pedazo de plomo y de oro que es posible la transmutación de un metal en otro?, preguntó João incrédulo.

– Eso mismo significa, es totalmente posible y si me apuras te diré que es relativamente sencillo realizar dicha transmutación.

– ¿El frasco con el metal líquido que es mercurio, significa a su vez que es posible su transmutación en un metal sólido como es la plata? Preguntó de nuevo vivamente interesado.

A lo que le respondió tajante.

– Por supuesto, igualmente que lo anterior. Lo que he venido a buscar aquí no es la manera de transmutar esos metales, ese conocimiento lo tengo desde hace muchos años, en estas tablillas espero encontrar algo más, o al menos algo que allane las dificultades de mi búsqueda.

Unos años más tarde se instaló en casa de João realizando juntos experimentos de alquimia esotérica, experimentos que suspendían cuando se ausentaba por viajes que realizaba en solitario.

João Magallaes compartía con su amigo desde hacía décadas su actividad alquímica, cuando vendió la fundición dedicó junto con él la mayor parte del tiempo a esta actividad, hubo épocas que, de una manera febril. Pasaban días que comían en el gabinete por no abandonar la estancia y vigilar constantemente los preparados. Ana entraba en ella silenciosamente, esperaba el momento que le parecía oportuno y comenzaba a regañarles tachándoles de inconscientes, de niños mal criados y consentidos que no sabían diferenciar el trabajo o la diversión, que para ellos parecía ser lo mismo, del descanso necesario a todas las personas. Siempre finalizaba sus regañones discursos que respondían a reales enfados con la frase, ¡De la cocina no volverá a entrar nada en este lugar! Nunca mantuvo sus amenazas, su naturaleza belicosa se ablandaba y fuera de hora, haciéndoles sufrir, les llevaba una sabrosa comida, que devoraban con avidez, sin haberse percatado del sabor al estar inmersos en el trabajo. En algunas ocasiones permanecieron varios días sin salir del gabinete, trabajaban durante la noche y durante el día sin descanso, sus cuerpos se mantenían ágiles sin notar cansancio ni fatiga. Sus mentes conservaban la misma lucidez al finalizar los destilados que al comenzar las operaciones. Ana les llevaba la comida en estos casos realizando todo con el mayor silencio y cuidado posibles, su intuición femenina y el trato con ellos, le había proporcionado el conocimiento suficiente para saber cuándo podía abrir la boca y cuando debía permanecer callada. Su autoridad era indiscutible, pero tenía límites y esos límites sabía ella misma imponérselos participando con su respeto en esas extrañas investigaciones, cuyo resultado había presenciado asombrada alguna vez acompañada de las risas de los alquimistas. Le habían preparado una loción para el cabello que se lo mantenía fuerte y del color negro brillante del azabache, lociones y cremas para el rostro y el cuerpo que le mantenía una piel tersa y firme, también le preparaban perfumes de olorosas fragancias desconocidas para los perfumistas más afamados e inexistentes en los comercios de alta perfumería. Ana podía decirse que a pesar de su edad era una persona joven, contagiada por el ambiente de la casa conservaba una moderada coquetería en su vestimenta, sin embargo, se preocupaba de que sus muslos permaneciesen sin celulitis, que sus carnes no se volvieran flácidas, que su rostro no tuviese arrugas indeseadas, en definitiva, tener un cuerpo joven y elástico,

toda esa preocupación se la habían resuelto en la casa, con las cremas y con unas gotas de sabor amargo que le proporcionaban en un frasco de vidrio negro.

Lo que nunca habían conseguido era que tuviese interés por la lectura, le gustaba que le leyesen, pero ella no habría ni un solo libro en sus manos, excepto si tenía dibujos y fotografías, entonces sí que podía pasarse horas pasando hoja tras hoja. Si le gustaba que leyesen, más todavía le gustaba escucharlos cuando le contaban mitos de las diversas culturas, con ojos atentos escuchaba las explicaciones y las diversas interpretaciones que del mito le hacían. Cuando le narraban acontecimientos históricos los vivía con intensidad asintiendo o negando con la cabeza. Permanecía en silencio arrobada escuchando la agradable voz del amigo de João que era un narrador formidable, sabiendo tocar con sus palabras, a las que proporcionaba un ligero y casi imperceptible pero eficaz tinte dramático, las emociones humanas. João también lo escuchaba con atención interrumpiéndolo a veces con alguna pregunta, que su amigo aclaraba con asombroso lujo de detalles desconocidos para los historiadores. Al finalizar una sesión en la que narraba acontecimientos de los niños pastores de Fátima, Ana les dijo.

– Tanto el hombre como la mujer pueden ser maravillosos, pero en realidad son estériles, de todo lo que la humanidad ha vivido no han aprendido nada.

Los dos amigos se vieron sorprendidos, desde ese día la tuvieron siempre consideración a pesar del mutismo que guardaba ante sus conversaciones, como ocurrió en ese mismo día, cuando João respondió que el término humanidad era muy general, que el término hombre era más abarcable, incluso que el de ser humano, y que el hombre sí podría aprender de su propia experiencia y mejorarse o incluso aprender de la experiencia ajena, contribuyendo esta observación a su propia mejora, pero que estaba a pesar suyo totalmente de acuerdo con lo que había dicho, que el hombre tanto individual como colectivo y la humanidad a lo largo de su existencia en el tiempo, no haya aprendido nada, excepto avances y mejoras en máquinas y cosas técnicas. El amigo de João intervino, algunos hombres lo han hecho a lo largo de la existencia de la humanidad, han sido pocos, pero esos pocos son suficientes para el que la humanidad se mantenga en humanidad y no degenera totalmente en animalidad.
